

Emporion. Ciudad y territorio (s. VI-I a.C.). Algunas reflexiones preliminares

Si los aspectos topográficos de la historia urbana emporitana, en especial los referentes a la supuesta *dipolis* grecoibérica han sido especialmente debatidos (DOMÍNGUEZ 1986a; PENA 1988 con bibliografía anterior; MAR, RUIZ DE ARBULO en prensa; RUIZ DE ARBULO 1987, 1991 b; SANMARTÍ et al. 1986), la problemática territorial de la ciudad ha sido en general un tema tratado tan sólo de forma superficial (PLANAS 1986; PADRÓ, SANMARTÍ 1987). Últimamente venimos asistiendo a un renovado interés por estas cuestiones, por ejemplo en el incremento de los estudios relativos a Massalia (*Territoire* 1986; *Marseille* 1990; *Amphores* 1990) culminados en la gran reunión de 1990 (*Congrès Marseille*). Por ello, nos ha parecido oportuno exponer un estado de la cuestión referente a *Emporion*. Como indicamos en el título, se trata tan sólo de un análisis preliminar que pueda ser confrontado con los programas de excavación actualmente en curso en diversos yacimientos del entorno empordanés: la propia *Emporion*, Ullastret, Mas Castellà de Pontós, Perelada, etc.

Aparentemente, el título de este trabajo está en contradicción con la idea de la *Emporion* griega transmitida por Livio (XXXIV, 9) y aceptada tradicionalmente por los historiadores de la colonización griega. Se trataría de aquella "ciudad sin territorio" que Livio, al narrar la campaña de Catón en el 195 a.C., describiría como un puerto fortificado en permanente tensión pero también enriquecido con el comercio.

Sabemos, sin embargo, que el texto de Livio choca frontalmente con la descripción emporitana que

realizara Estrabón (III, 4, 8-9), donde la historia de la ciudad aparece como una fusión entre griegos e indígenas tras unos orígenes de mutuo tanteo, plasmados en una primera *dipolis*, una ciudad doble formada por griegos e indígenas, rodeada por una muralla común. Esta situación variaría con el tiempo y la *Emporion* que describe Estrabón no resulta un simple mercado portuario fortificado sino una auténtica *polis* grecoibérica, poseyendo un territorio propio, otros núcleos urbanos dependientes como *Rhode* y con la población dispersa en un amplio ámbito geográfico.

Si la noticia de Apiano (II, 7) referida a la firma del tratado del Ebro recuerda junto a los saguntinos a "todos los restantes griegos que habitaban en las proximidades del llamado Emporion y en cualquier otro lugar de Iberia"; el texto de Estrabón es todavía más explícito al afirmar que "algunos (emporitanos) habitan también los altos del Pirineo hasta el monumento de Pompeyo..." Según el geógrafo griego, el territorio de la ciudad se extendería por tanto hasta las vertientes costeras del Pirineo, a 30 km de distancia del núcleo urbano. Schulten, en su edición de la *Geografía de Iberia* para las *FHA*, pensó que el párrafo haría referencia a los indiketes, los íberos vecinos de los emporitanos, traduciendo la frase como "algunos (de los indiketes) habitan..." (SCHULTEN 1952, 239). Sin embargo, esta interpretación no resulta posible. Como ya recogen otras ediciones (p.e. JONES 1969), en el contexto del párrafo 9 el sujeto son claramente los emporitanos.

La *chora* emporitana de Estrabón

Además de mencionar la existencia de una población dispersa, Estrabón, al describir las características del entorno emporitano, describe de forma explícita la existencia de una *chora*: *χώραν δὲ τὴν μεσόγαιαν ἔχουσι, τὴν μὲν ἀγαθὴν, τὴν δὲ σπαρτοφόρον τῆς ἀχρηστοτέρας καὶ ἐλειας σχοίνου, καλοῦσι δὲ Ἰουγκαριον πεδῖον.*

Como sabemos, el término *chora* (χωρα) designa en griego el territorio de una ciudad, tema estudiado monográficamente en dos conocidas reuniones: el VII CSMG de Tarento en 1967 (*La Città e il suo territorio*, Tarento, 1968) y el congreso de Royaumont de 1969 (Finley, M. ed., *Problèmes de la Terre en Grèce Ancienne*, París-La Haya, 1973). E. Leppore (1968 y 1973), al presentar en ambas reuniones la problemática territorial de la colonización griega, matizó una segunda interpretación de la *chora* con un carácter más ambiguo como “la zona de dominio o de influencia” en relación con los medio indígenas que rodeaban los núcleos coloniales.

La interpretación de este párrafo de Estrabón referente a *Emporion* plantea un problema de matiz de singular importancia. La traducción de García y Bellido (1949) utilizada por Almagro (1951, 77) en su edición de las fuentes emporitanas consideraba la mención de la *chora* en un sentido geográfico, proponiendo la siguiente traducción: “de las tierras del interior, unas son buenas, otras no producen...”. Sin embargo, la sexta edición del volumen de García y Bellido dedicado a Estrabón (1978) rectificaría ya la frase hacia un concepto territorial: (los emporitanos) “poseen las tierras del interior y de éstas unas son buenas...”. La cuestión resulta capital, pues escoger uno u otro sentido equivale a plantear si la ciudad poseía o no un territorio propio, en directa contraposición con la descripción de Livio.

Las ediciones críticas del libro III de Estrabón no han considerado necesario entrar a fondo en este problema, admitiendo en general el sentido jurídico del término *chora*. Así Schulten (1952, 110) traduciría: “como territorio tienen el interior, y este en parte es fértil, en parte cría solo junco de la especie palúdica que es de poca utilidad”. Idéntico sentido encontramos en la versión francesa de Laserre (1966): “L’arrière-pays, qui leur appartient...” y en la edición inglesa de Jones (1969): “as for the inland territory which they hold...”.

Deberíamos pues concluir en que Estrabón menciona de forma explícita la presencia de una *chora*, utilizando el término en el sentido de un territorio propio de subsistencia, ligado jurídicamente a la existencia de la *polis* emporitana. Este concepto estricto de la *chora* se corrobora por ir acompañada de su descripción física. El texto es breve pero de una rara precisión y puede ser confrontado con la restitución del paleoambiente empordanés a partir

de la documentación histórica, cartográfica y geomorfología de la que nos hemos ocupado en otros trabajos (RUIZ DE ARBULO 1984, MAR Y RUIZ DE ARBULO en prensa).

No nos detendremos aquí en la descripción de este paleoambiente. Recordaremos únicamente que *Emporion* ocupó una pequeña colina costera en la costa sur del golfo de Rosas, magníficamente situada entre la desembocadura de los antiguos cauces de los ríos Ter y Fluvià. Se trataba del afloramiento más septentrional del macizo de Montgrí (310 m snm), un gran basamento calizo de poca altura alzado sobre una amplia llanura aluvial ocupada por una marisma de grandes estanques de aguas remansadas. A su vez, esta llanura estaba rodeada por un sistema de sierras de poca altura, cubiertas por bosques con predominio del encinar marítimo, que se elevaban después de forma abrupta para convertirse en macizos montañosos: Pirineos al norte, Garrotxa al oeste y Gavarres al sur.

La evolución de este paisaje que no sufrió cambios fundamentales hasta los siglos XVIII y XIX es conocida con cierta precisión. Ciertamente, como expuso Estrabón, se trataba de un paisaje doble, con una zona interior compuesta por sierras de poca altura colindantes con el inicio de la llanura deltaica y una amplia faja litoral de suelos arenosos y recursos limitados por la salinidad de las aguas. Son las mismas marismas que Avieno (v. 544) en el siglo IV d.C., resumiría de forma poética en el *stagnum inde Toni*. El término *stagnum* puede referirse indistintamente a un lago o a una marisma, pero el uso del singular y el hecho de que vaya acompañado de una denominación indicarían en las fuentes latinas la descripción de un entorno bien definido (TRAINA 1984, 63). Ya no se trataría por tanto de una marisma salvaje sino de una zona bonificada.

La definición de Estrabón de la marisma empordanesa con una separación entre lo bueno (interior) y lo malo (campo juncario) se inserta en la tradición griega que describe la marisma como una frontera, límite entre lo conocido y lo desconocido, donde interviene la acción humana transformadora del paisaje. La tradición escrita de época clásica ante estos paisajes lacustres, recopilada y analizada por Traina (1984), recoge las dos posturas posibles ante este reto de la naturaleza expresadas a través de ejemplos: a la actitud “transformadora” del héroe Empédocles en Selinunte se opone también una visión “inmovilista” reflejada en una anécdota de Servio (*in Verg. Aen.* 3.701) relativa a Camarina. En ella, los habitantes de Camarina querían drenar la marisma circundante pero un oráculo les ordenó lo contrario. No hicieron caso y al desaparecer el obstáculo natural la ciudad fue atacada por tierra y ocupada por el enemigo.

Los recursos de las marismas litorales serían sin duda apropiados para la instalación portuaria

colonial. Cañizos y barros permitían la construcción y la artesanía, la fauna piscícola y volátil era abundante en este medio, igualmente apropiado para el pastoreo, mientras que junto a la barra litoral sería posible disponer de la codiciada sal. No obstante, este paisaje idílico se veía maldecido por los problemas de drenaje de las aguas. La *pestilentia* descrita por Vitrubio (I, 4, 11) y Varrón (RR, I, 11, 2) en relación a las aguas remansadas, o las citas mencionando la “pesadez” de las aguas que las hacían en ocasiones inutilizables, desaconsejaban los cultivos agrícolas en la marisma y presagiaban los peligros de las epidemias de malaria y paludismo.

La cronología de la *chora* de Estrabón

Llegados a este punto debemos volver a empezar. Si reconstruimos la imagen de una *Emporion* prerromana como una *polis* de amplio territorio a partir tan sólo de la descripción de Estrabón cometeríamos un grave error. En su texto, Estrabón menciona un monumento (los trofeos de Pompeyo) edificado en el 72 a.C. Las fuentes de Estrabón en su libro III son variadas pero, por sus referencias, destacan sobre todo Eratóstenes (siglo III a.C.), Polibio (siglo II a.C.), Poseidonio y Artemidoro (visitantes ambos de Iberia en torno al 100 a.C.), siendo también frecuentes las citas indirectas tomadas de recopilaciones.

Al hablar de *Tarraco* en el párrafo anterior a la descripción de *Emporion*, Estrabón incluye, como en otras partes de su obra, una polémica entre Eratóstenes y Artemidoro referida al puerto de la ciudad. Sin embargo, en la descripción emporitana se incluyen los Trofeos de Pompeyo, posteriores a ambos autores. Por ello, Schulten (1952, 223 y 238) propuso que la fuente de este párrafo fuera Poseidonio que vivió hasta el 62 a.C., o bien una mezcla de éste y Artemidoro. También es posible que la referencia viniera de Timágenes, autor de época augustea que utiliza como fuentes a los anteriores y a cuya obra se atribuyen las referencias de Estrabón a la época de César y Augusto (KLOTZ 1910; SCHULTEN 1952, 4 y 135; discusión en LASERRE 1966, 108 nota 2). Esta problemática está igualmente vigente en la redacción del libro IV de Estrabón relativo a la Galia, en el cual la influencia de Poseidonio resulta fundamental, pero, aunque discutida, se mantiene la posibilidad de que llegara a Estrabón a partir del filtro de Timágenes (LASERRE 1966, 106-108, esp. 108).

La *Emporion* de Estrabón parece por tanto la ciudad de los siglos II y I a.C. Sin embargo, la topografía urbana de la ciudad en esos momentos, bien documentada por la arqueología, respondía a una realidad bien diferente de la que se desprende de su texto. Idéntica problemática afecta al texto de Livio, donde se mezclan noticias referentes a momentos distintos pero desde una clara óptica de

época augustea, mencionándose la instalación en la ciudad de veteranos cesarianos de Munda y un proceso de unión de hispanos y griegos bajo el vínculo común de la ciudadanía romana, aspectos ambos de la segunda mitad del siglo I a.C. (RUIZ DE ARBULO 1991 b; MAR, RUIZ DE ARBULO en prensa).

Resulta evidente que la *Emporion* del siglo I a.C. poco tendría que ver con la ciudad de 300 o 400 años atrás, aunque solo fuera por su inclusión en una provincia romana desde el 197 a.C. y la transformación política, económica y urbanística consecuente. Ante esta situación, estamos obligados a valorar los textos de Livio y Estrabón exclusivamente como un punto de partida, reconociendo que se nos describe una tradición desde la óptica de la historiografía augustea a partir de otros autores, no siempre mencionados y cuyas obras además no conocemos. La arqueología es la única herramienta que poseemos para intentar interpretar unas evidencias que las fuentes transmiten de forma parcial y quizás deforman.

El dominio político de este territorio en época ibérica debería buscarse lógicamente a partir de la investigación arqueológica de sus asentamientos. Se trata de una zona regularmente prospectada, con publicaciones que incluyen síntesis dedicadas a los orígenes de la Edad del Hierro (PONS 1984), a la plena época ibérica (PUJOL 1988) y a su inclusión final en el mundo romano (NOLLA, CASAS 1984), pero en la que todavía existe una cierta dificultad por conseguir realizar interpretaciones históricas a partir de las secuencias estratigráficas y los inventarios de materiales.

Emporion y *Rhode* una vez más

Con unas fechas que los hallazgos arqueológicos sitúan en los inicios del siglo VI a.C. (SANMARTÍ 1984), en espera de que se publiquen los resultados alcanzados en los últimos años, la fundación de un *emporion* foceo en la costa sur del golfo de Rosas encuentra su explicación en dos motivos. En primer lugar, en la intensidad de una política comercial que llevó en esas fechas a fenicios occidentales, etruscos y focenses a prospectar los territorios costeros del Occidente mediterráneo en busca de nuevos mercados con un tipo de vida que Justino (XLIII, 3) resumió de forma explícita para los focenses en su ciudad natal: “Los focenses estaban forzados por el poco tamaño y la aridez de su territorio a explotar de forma más intensa el mar que la tierra: aseguraban su subsistencia con la pesca, el comercio y a menudo también con la piratería que en aquellos tiempos era tenida por una actividad gloriosa”. Unos mercaderes como los focenses, embarcados en penteconteras provistas de remos (Herodoto I, 80), no debían tener problemas para adoptar una u otra opción en la más pura tradición egea. Los motivos que provocaron la

batalla de Alalia resultan una buena prueba (Herodoto, I, 166).

En esas fechas, sin embargo, si nos atenemos a la tradición escrita, existía ya otra población colonial en la costa norte del golfo de Rosas, aunque de nuevo los textos son contradictorios. Se trataría de *Rhode*, una “pequeña ciudad (*polikhnion*) fundación de los emporitanos...” (Estr., III, 4, 8) o bien una mítica fundación rodia “anterior a las Olimpíadas” (Estr. III, 4, 8; XIV, 2, 10; Escimno 196). Aunque la arqueología no ha logrado confirmar en el solar de la ciudad (bajo la actual Ciudadela de Rosas) las fechas de esta tradición, su veracidad en cuanto a la ciudad madre no puede dejar dudas. Cuando la ciudad acuñó moneda (dracmas de plata) en el siglo IV a.C. recordó claramente su origen a través de la leyenda *Rhodeton* y adoptando el símbolo floral de su patria natal (GUADAN 1970). La falta de datos estratigráficos no puede ocultar esta prueba evidente de la conciencia nacional de los habitantes de *Rhode* sobre sus orígenes, aunque nada conozcamos sobre su composición social en el siglo IV. La tradición escrita pudo quizás engañarse en lo relativo a la fecha exacta de fundación, pero el dato numismático resulta definitivo para definir la independencia de *Rhode* frente a *Emporion*, tanto en lo político como en lo étnico, como mínimo hasta el momento de acuñación de estas emisiones.

En otro trabajo hemos intentado demostrar cómo las condiciones náuticas del golfo de Rosas pueden explicar esta situación (RUIZ de ARBULO 1991a). *Rhode*, la primera fundación, ocupa el único puerto del golfo digno de tal nombre. Este puerto, a su vez, es el punto idóneo como escala en la ruta marítima norte-sur, en directa relación con los graves problemas de travesía que presenta el golfo de León. Apoyada en las últimas vertientes del Pirineo que conforman el cabo de Creus, *Rhode* aparece rodeada por las lagunas de la marisma litoral con una difícil comunicación con las comarcas interiores. Es un lugar recogido, aislado, de explícita vocación marítima.

Ocupado ya este punto, el puerto por antonomasia, los focenses buscaron un nuevo embarcadero al otro extremo del golfo, de condiciones náuticas muy inferiores (apenas una hondonada abierta a los temporales de levante) pero con una situación excepcional para el comercio con el interior a través de los dos ríos que allí desembocaban. No fundaron un puerto sino un mercado. La marisma seguía siendo una barrera natural pero ahora se había buscado el único punto que permitía atravesarla sin problemas a través de los cauces fluviales.

En realidad, la arqueología, a partir del estudio de los ajueres de las necrópolis arcaicas (Portitxol y Muralla NE) y los estratos de base en *Palaiapolis* y Neápolis parece probar la existencia en este punto de un primitivo mercado abierto, frecuentado por indígenas y por mercaderes mediterráneos de

diferentes etnias. Mercado que a lo largo del siglo VI a.C. iría siendo controlado de forma progresiva por los focenses hasta constituir finalmente un auténtico núcleo urbano. Desde entonces, si un navegante en apuros se dirigía a *Rhode*, un comerciante marítimo en busca de negocio abordaría *Emporion*.

Estos puertos, además de escalas en la navegación de altura hacia las Baleares, Galia, el levante hispano o Italia aseguraban un tráfico costero de cabotaje recientemente documentado por los plomos de Pech Mahó y la Neápolis emporitana. El plomo de Pech Mahó, escrito en etrusco y jonio arcaico (s. V a.C.) es el registro de una operación financiera relacionada con la compra de un *akation* (barca de poco calado) en *Emporion*, mencionándose un embarcadero concreto de este tipo de naves (LEJEUNE, POUILLOUX, SOLIER 1988). Por su parte, la carta de plomo escrita en jonio oriental también del siglo V a.C., encontrada en 1985 en la Neápolis emporitana, describe los encargos de un comerciante jonio a uno de sus agentes concernientes a la recuperación de un navío averiado cerca de un puerto denominado Saiganto (SANMARTÍ, SANTIAGO 1988).

En el siglo V debemos abandonar por tanto la imagen que describiera Herodoto para el contacto griego con Tartessos en época arcaica: un mundo de exploraciones dispersas y lejanas protagonizado por grupos de aventureros y en el que resulta fácil imaginar *Emporion* como el puerto fortificado que menciona Livio. Por el contrario, asistimos al ambiente desarrollado y urbanizado de los préstamos marítimos y de los grandes comerciantes con agentes distribuidos en las escalas y mercados. Navegantes, comerciantes y financieros formaban parte por igual de este mundo del *emporion*, el comercio marítimo de redistribución, en una actividad de compras y ventas, contratos, préstamos y realización de beneficios (BRAVO 1977; VELISSAROPOULOS 1980). Es por tanto el momento en el que los viejos *emporion* o bien desaparecen o se transforman en auténticas ciudades.

A partir de ahora, la historia política de la región deberá siempre tener en cuenta la presencia de los dos núcleos portuarios a ambos lados del golfo como ciudades independientes. Si la conciencia nacional emporitana y sus necesidades económicas motivaron ya en el siglo V a.C. la aparición de una moneda propia (CAMPO 1987), las respectivas acuñaciones de dracmas a fines del siglo IV a.C. muestran dos *poleis* diferenciadas en el sentido jurídico del término: dos comunidades políticas de hombres libres, unidos por intereses comunes cimentados en cultos y leyes propias, residentes en sendas aglomeraciones urbanas de carácter portuario acompañadas de sus respectivos territorios. La tradición escrita representada por Estrabón describe únicamente la fase final de este proceso. Sin embargo, como insistíamos ya en 1985, cualquier intento de reconstrucción territorial *en época*

prerromana de las comarcas del golfo de Rosas tendrá que tener en cuenta ambas ciudades y no tan sólo a una de ellas.

Aunque podemos definir el origen de ambas ciudades como *emporion* o mercados portuarios, no sabemos todavía definir con precisión su proceso de transformación en *poleis*. Como mercados, estos *emporion* debían ser puntos de contacto estable entre las poblaciones costeras que ofrecían sus recursos (o aquellos llegados del interior) a los traficantes marítimos mediterráneos. Puntos neutrales, protegidos por la tradición y mecanismos profilácticos religiosos, que permitiesen superar los inconvenientes del anterior “comercio silencioso”, practicado por los fenicios. Para su interpretación resulta cómodo el modelo de los puertos de comercio (*ports of trade*) acuñado por Polanyi, aceptando no obstante las matizaciones de filólogos e historiadores de la antigüedad hacia este concepto puramente economicista (VELISSAROPOULOS 1980, 29; MOREL 1983, 565 y ss., espec. 578-580; RUIZ DE ARBULO 1991 a, 79-80; estado de la cuestión sobre la técnica focense del *emporion* en MOREL 1982).

Si las condiciones eran favorables, la estabilidad de un *emporion* conduciría a su lenta transformación en una comunidad de tipo urbano, con la aparición de normas, magistraturas y una conciencia colectiva cimentada en cultos comunes y en el cumplimiento por parte de los ciudadanos de determinadas obligaciones. El problema atañe fundamentalmente a la reconstrucción social y étnica del cuerpo de ciudadanos, un cuerpo integrado por griegos e indígenas en un proceso de mestizaje y clases sociales que no podemos todavía definir. Parece evidente que asistimos a un proceso de aculturación, potenciado por la introducción de nuevas tecnologías, en el que los esquemas griegos a nivel de lengua, organización social y creencias se impusieron sobre las indígenas, absorbiendo mediante sincretismos las tradiciones y costumbres locales. Sin embargo, en Livio la distinción en el siglo II a.C. de dos comunidades emporitanas integradas por *graeci* y *emporitani hispani* parece todavía reflejar dos mundos yuxtapuestos que encajan difícilmente con 300 años de vida común en un centro comercial. Volveremos a insistir más adelante sobre esta cuestión.

Arqueología y organización territorial: *oppida* y campos de silos

La contrastación arqueológica de los territorios de *Emporion* y *Rhode* pasa en primer lugar por el análisis de los yacimientos del entorno. Estando todavía pendiente una publicación en profundidad sobre Ullastret, se ha venido señalando en los últimos años la problemática de los denominados “campos de silos” empordaneses. Recordaremos que se trata de yacimientos caracterizados por la acumulación de fosas de boca redondeada, en

número mayor o menor, que se sitúan en las sierras que rodeaban la llanura aluvial, marcando una línea en torno a la misma. La presencia en los mismos de materiales griegos, tanto áticos como massaliotas, evidencia cronologías de plena época ibérica (s. IV a.C.) y la impronta comercial de *Emporion* y *Rhode* (MARTÍN 1982; RUIZ DE ARBULO 1984).

¿Hemos de ver aquí el testimonio de una organización territorial? La respuesta es todavía imposible con los datos disponibles. Maluquer (1978), en una de sus brillantes síntesis, relacionó la reconstrucción de las murallas de Ullastret en el siglo IV a.C. y los materiales áticos del yacimiento, junto a los materiales áticos conocidos en *Rhode*, Pont de Molins, Pontós, S. Julià de Ramis y Begur proponiendo para esa fecha la fortificación de una *chora* emporitana (implicando por tanto la absorción de *Rhode* citada por Estrabón). Esta fortificación se uniría a una serie de evidencias remarcadas a lo largo de las costas hispánicas testimoniando en el siglo IV un período de destrucciones que Maluquer relacionó con un movimiento galo.

Hoy en día, ante un panorama cada vez más rico y complejo, los estudios de detalle condicionan el planteamiento de afirmaciones globales tan drásticas. Si nos detenemos en la estampa emporitana tendremos que recordar, una vez más, que en el siglo IV *Rhode* y *Emporion* fueron dos *poleis* independientes. El problema territorial afectaría por lo tanto no a una sino a dos *chorai* colindantes.

Resulta difícil si no imposible, con los datos publicados, trasladar las evidencias de la cultura material de los *indiketai*, los indígenas íberos que rodeaban *Emporion* y *Rhode*, a una lectura política. El *oppidum* de Ullastret, todavía tan desconocido como presente en todas las síntesis sobre el mundo ibérico, resulta un buen ejemplo. ¿Pudo ser acaso Ullastret un *phrourion*, un fortín dependiente de *Emporion*? La pregunta es magnífica si puede servir para interrogarnos sobre la cultura material del *oppidum* en los siglos V-IV a.C., pero choca con una escasez dramática de datos publicados y revisados.

El contraste es evidente si pensamos en algunos de los estudios realizados sobre la problemática massaliota. A partir de una lectura etnográfica de los materiales cerámicos de Olbia, M. Bats ha podido utilizar en el entorno de *Massalia* el análisis de los porcentajes cerámicos entre cerámicas a torno y a mano y la relación entre urnas y ollas como recipientes de cocción para proponer el carácter griego o no griego de los ocupantes de un asentamiento (BATS 1986, 21; 1988). También ha sido analizada la aparición de formas híbridas como la cerámica a torno gris monocroma, estudiada en la Provenza por Ch. Arcelin-Pradelle (1984), que mezcla en el siglo VI las técnicas griegas con el repertorio de formas indígenas. Un tercer aspecto de la cuestión atañe igualmente a los materiales

indígenas presentes en el medio colonial, p.e. en *Massalia*, ¿testimonio de mujeres indígenas, mercenarios o esclavos? (ARCELIN 1987, 49-50). Aunque no seamos capaces de plantear respuestas seguras, este tipo de preguntas deberían servir de conclusión obligada en los trabajos arqueológicos tras las listas de inventario de materiales. Frente a los nuevos proyectos, son pocas las excavaciones antiguas revisadas de forma exhaustiva. Si se analizaran en Ullastret los porcentajes exactos de las asociaciones cerámicas, por ejemplo en los niveles de habitación afectados por el incendio de fines del v, podríamos obtener, al menos, un primer nivel de aproximación. El mismo problema afecta a trabajos recientes, como la necrópolis excavada en 1985 y todavía desgraciadamente inédita.

En cualquier caso, resulta evidente que el límite interior de la llanura empordanesa no estuvo ocupado por fortines sino por campos de silos. La lógica de esta disposición, como ya explicamos en otros trabajos (RUIZ DE ARBULO 1984; MAR, RUIZ DE ARBULO, en prensa) se encuentra en el propio paleoambiente empordanés, ya que las únicas tierras roturables de la vasta marisma litoral se encontraban en estas estribaciones interiores. Un segundo grupo de campos de silos aparecen también unidos a *oppida* de la zona meridional, por ejemplo en Ullastret, Guíxols y Llagostera (NOLLA, ESTEVA, AICART 1989; cf. en general NOLLA, CASAS 1984).

La funcionalidad de estos conjuntos ha sido puesta en discusión. Domínguez (1986b) propuso interpretarlos como fosas de agua donde se trabajaría el lino que según Estrabón habría dado fama a los emporitanos. En realidad, es probable que se exportaran desde *Emporion* tejidos de lino, pero querer convertirlo en una actividad exclusiva como pretende Domínguez parece excesivo. Que los emporitanos (del siglo I a.C.) tejían lino es tan cierto como que Catón alimentó en el 195 a.c. un ejército consular de dos legiones a costa del trigo empordanés acumulado por los hispanos en rebelión, permitiéndose aquél “la guerra se alimentará a sí misma” (Liv. XXXIV, 9) dirigido a los publicanos proveedores.

El problema debe plantearse desde una observación atenta de las evidencias. Nos interesa, por lo tanto, insistir en la funcionalidad de los “campos de silos” y discutir la propuesta de su identificación como fosas de agua para trabajo textil.

La problemática sobre la utilidad de los “campos de silos” radica en la relación establecida entre forma y función. El problema no es fácil, ya que en el mundo griego y en la protohistoria occidental un silo y una cisterna en fosa tenían la misma forma y características técnicas similares. Perdido el suelo de habitación superior (donde deberían apreciarse canales y cubetas de decantación en el segundo caso) puede resultar problemático distinguir ambos. Para complicar más el asunto, las viviendas de

las comunidades indígenas de la Edad del Bronce en el Empordà adoptaron a menudo la forma de “cabañas hundidas” como defensa contra la brutal tramontana (PONS 1984). Desaparecidos los trenzados y enlucidos que formarían paredes y techo tan sólo una cubierta cavada en el terreno, algunos agujeros de poste, el pavimento quemado del hogar y una serie de estratos de colmatación señalan la existencia de una de estas cabañas. Por si esto fuera poco, hemos de tener en cuenta otros usos como las “fosas de cocción” o incluso el “hogar en fosa” documentado en Mas Castellà de Pontós (silo 26) en el siglo III a.C. que probaría una ocupación momentánea del interior de una de estas fosas (PONS, MAYA, BUXÓ 1989).

En realidad, las diferencias entre una cabaña hundida y un silo pueden establecerse, por lo general, sin excesiva dificultad. Tan sólo un silo cortado por la mitad puede plantear algunas dudas en este sentido y aún así la presencia del hogar resultaría concluyente. Más problemática resulta la identificación de las cisternas con forma de silo. En Olinto, por ejemplo, fueron excavados cerca de 60 silos, incluyendo los 20 silos de los siglos VI-V a.C. de la “East Side Avenue”, pero también conocemos en la publicación del yacimiento una cisterna en fosa troncocónica (identificable a partir del pequeño depósito de decantación existente junto a su boca) cuyas características técnicas son muy similares a los anteriores (ROBINSON 1946, 297 y fig. 101).

Aunque siempre podría existir la duda metódica, no conocemos en el entorno emporitano ninguna cisterna segura con esta forma. Las cisternas de la Neápolis helenística, transmitidas a los *oppida* próximos como Ullastret tienen una forma muy característica: depósitos de obra rectangulares, estrechos y profundos, con los extremos absidados. Ni su fábrica, ni su tipología guarda ninguna relación con los silos.

La hipótesis de los depósitos de Domínguez se apoyó en parte en el trabajo de Gallet de Santerre (1980) referido al conjunto de silos de la “Terraza Este” del *oppidum* de Enserune, interpretados en parte como cisternas de agua. Un estudio posterior (GARCIA 1987) vuelve sin embargo a definir este conjunto como silos para almacenamiento de grano.

La referencia escrita más reproducida para los silos hispanos suele ser el párrafo de Plinio (XVIII, 73, 306-307) relativo a los *siri*, aludiendo a Varrón y mencionando su uso en Hispania, Africa, Capadocia y Tracia. En realidad, disponemos de una fuente griega mucho más apropiada para nuestra problemática. Se trata del libro V de la *Sintaxis mecanica* de Filón de Bizancio, el famoso tratado helenístico de poliorcética, editado y comentado por Y. Garlan (1974). Al describir el aprovisionamiento de la ciudad ante los asedios Filón aconseja lo siguiente:

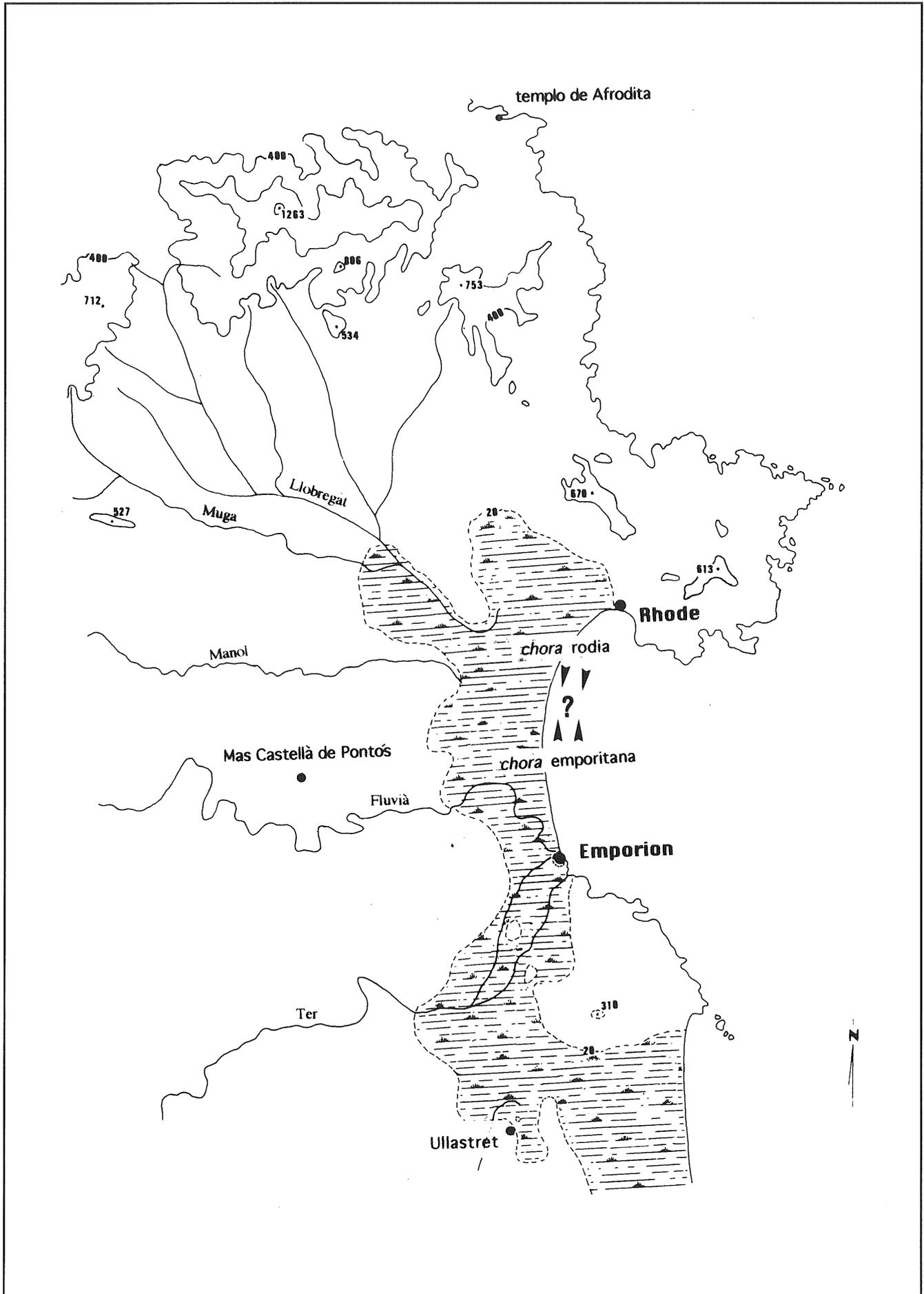


Fig. 1. - Plano topográfico del golfo de Rosas en época prerromana con restitución aproximada de los límites de la marisma antigua, paleocauces fluviales y situación de los yacimientos mencionados en el texto. Emporion y Rhode aparecen como *poleis* autónomas pero sin que podamos definir por falta de datos los límites de sus territorios respectivos.

“Para conservar cebadas y trigos, es preciso limpiarlos lo mejor posible, cavar silos a cielo abierto de la mayor profundidad posible, revocar su fondo, con cuatro dedos de espesor, con arcilla bien amasada y mezclada con paja picada y revocar su contorno con amurque: que se ponga en la arcilla dos tercios de polvo y un tercio de arena. Así deben realizarse los depósitos para obtener el mejor secado posible. En el trigo, una vez introducido, es preciso hundir en su mitad un vaso lleno del vinagre más fuerte posible; después se pondrá encima una cubierta en forma de cono, hecha con ladrillos revestidos de arcilla. De esta forma será incorruptible”.

A continuación, Filón describe la construcción de graneros edificados y proporciona varias “recetas” (hígado de ciervo desecado, énula, orégano, circulación de purines) para asegurar la no putrefacción del grano. Por último añade:

“Conviene que la ciudad almacene trigo al menos para un año; es preciso comprarlo cuando esté al mejor precio y, pasado el año, utilizar el antiguo antes de almacenar el nuevo en previsión de asedios y eventuales hambrunas”.

Resulta evidente que el silo, al igual que lo fue en la protohistoria occidental, formó parte de los sistemas griegos para la conservación de grano en compañía de los graneros elevados sobre una cámara de aire, también descritos por Filón y documentados de forma excepcional en Catalunya en el *oppidum* de la Moleta del Remei, cerca de la desembocadura del Ebro (GRACIA, MUNILLA, PALLARÉS 1988).

Aclarado este tema funcional, queda pendiente el problema de cómo definir estos yacimientos. ¿Son “factorías” emporitanas y rodias o bien yacimientos indígenas que mantenían una relación comercial con las ciudades portuarias a las que suministraban el grano? Podemos elegir *a priori* como hipótesis de trabajo cualquiera de las dos posibilidades, pero la respuesta deberá esperar trabajos en curso, como el estudio monográfico de Mas Castellà de Pontós emprendido recientemente por E. Pons.

Problemática de la aplicación de modelos en el análisis territorial de los *emporia* costeros

La discusión sobre si puede o no existir una ciudad en el mundo antiguo sin territorio de subsistencia es compleja. Aparentemente, este territorio resulta fundamental. Su existencia es obligada desde el punto de vista jurídico y económico, pero también conocemos excepciones de diferente signo a esta regla general. Para explicar la política marítima massaliota, Bats (1986, 20) ha recordado la estrategia de Pericles en Atenas durante la Guerra del Peloponeso: abandono total del territorio y retirada a la ciudad fortificada apoyada en el tesoro, las

rentas de los aliados y la flota que garantizaba el dominio marítimo; política que ya habría empleado Mileto contra los lidios en el siglo VII a.C. El caso ateniense resulta sintomático para observar como una ciudad incluso en guerra y con su territorio asolado cada verano por el ejército enemigo, podía depender únicamente de su dominio del mar. Es evidente no obstante que Atenas es un caso excepcional y que contaba con el apoyo de los aliados y el dominio sobre las islas cercanas, donde podía trasladar parte de su población si lo creía necesario y encontrar suministros y mercados próximos.

En realidad, para estudiar la problemática que afecta a los *emporia* occidentales contamos con un ejemplo magnífico, poco recordado en los trabajos de colonización griega, como es la descripción de las islas gaditanas por Estrabón (III, 5, 3) en época augustea:

“En efecto sus habitantes son los que navegan en más y mayores naves, tanto por nuestro mar como por el exterior; y puesto que no habitan una isla grande ni dominan extensas tierras en la parte opuesta de la costa firme, ni poseen otras islas, la mayoría viven en el mar, siendo pocos los que residen en sus casas o están en Roma. No obstante podría pasar por la ciudad más poblada del orbe, pues he oído decir que en un censo hecho en nuestro tiempo fueron contados hasta 500 caballeros gaditanos, más que cualquier otra ciudad itálica excepto Patavium; a pesar de este número su isla no mide más de 100 estadios de longitud siendo su anchura a veces de un estadio. En un principio vivían en una ciudad muy pequeña; mas Balbo el gaditano, que alcanzó los honores del triunfo, levantóles otra que llaman nueva, de ambas surgió Dídime, cuyo perímetro aunque no pasa de 20 estadios es lo suficientemente grande para no sentirse agobiado de espacio; efectivamente en ella residen pocos, ya que la mayoría pasan en la mar gran parte del tiempo o viven en la tierra firme frontera y sobre todo en la vecina isleta, porque ésta es fértil..., pero en proporción son pocos los que habitan en ella y en el arsenal que les ha construido Balbo en la tierra firme fronterera”.

La *Gadir* fenicia, la tercera ciudad de Hispania en acuñar moneda junto a *Emporion* y *Rhode*, aparece como una isla densamente poblada, con un mínimo territorio circundante en la costa e islas vecinas pero con una población rica (riquísima diríamos de tener en cuenta el número de caballeros presentes) “que vive en el mar la mayor parte del tiempo”. Este tipo de vida comercial y marinera, no parecía necesitar más que un mínimo territorio circundante. Recordemos el intento de los focenses refugiados en Quíos ante el ataque persa de comprar a los quietas las islas Enusas y la negativa de éstos “recelosos de que en manos de sus huéspedes vinieran a ser un gran emporio y quedasen ellos excluidos de las ventajas del comercio” (Herodoto, I, 165).

La documentación de las fuentes en este sentido parece tan homogénea que Martín (1973) pudo proponer un “modelo” de asentamiento para los *emporía* compuesto por “ciudades sin territorio de explotación, orientadas hacia los intercambios comerciales...” (*ibid*, 99) en oposición a las *apoikiai* fortificadas, “ligadas a un territorio de explotación y viviendo de ese territorio...” (*ibid*, 100). Sin embargo, la dificultad de este esquema radica en conocer la evolución de cada núcleo cuando no existen referencias históricas disponibles.

En realidad, como ha remarcado Treziny (1986, 7), el estudio de la *chora* en un sentido estricto como territorio de la ciudad radica en el aspecto jurídico de la propiedad del suelo, con sus diferentes matices: tierras repartidas entre los colonos, terrenos públicos y pastos y bosques comunales. Aspectos todos ellos difícilmente abordables en profundidad desde una perspectiva arqueológica.

¿Cómo podemos desde la arqueología imaginar la disposición y organización de estos territorios? El mundo griego colonial ha proporcionado hasta el momento dos elementos de aproximación (TREZINY 1986): los santuarios y los fortines de frontera (*phrouria*). G. Vallet (1967) remarcó en una famosa intervención en Tarento la importancia de los santuarios extraurbanos sicilíotas y magnogrecos como exponentes de las relaciones entre colonizadores e indígenas. Posteriormente Polignac (1984) ha retomado el tema mostrando la variedad funcional de los santuarios según su posición urbana central, periférica o exterior. En el mundo colonial griego, los santuarios extraurbanos sintetizarían en sus cultos el dominio del espacio agrario por parte de la comunidad, la expresión propagandística de este dominio frente a las comunidades vecinas o bien asegurarían la neutralidad de las relaciones comerciales mantenidas bajo su tutela (principio de los santuarios empóricos).

Los *phouria* o fortines fronterizos tienen una interpretación más problemática, como evidencian los ejemplos de Metaponto y Elea. Metaponto, que la tradición liga con el interés de los aqueos de Síbaris y Crotona de cerrar el paso a los dorios de Tarento, fue fundada cerca de la desembocadura del río Basento, al norte de la jonia Siris. En su historia, Metaponto no dudó en enfrentarse con todos sus vecinos para desarrollarse como ciudad agraria. Según Justino (XX, 2, 3), Siris, su vecina meridional, fue vencida en el siglo VI por los aqueos de Metaponto, Crotona y Síbaris. Pero Metaponto luchó igualmente contra los indígenas enotrios y contra Tarento. Con esta política expansionista, la ciudad logró colonizar entre los s. VI y IV a.C. la rica llanura colindante, donde restos de centuriación, trabajos de drenaje y un gran número de factorías catalogadas documentan el poder agrícola de la ciudad y proporcionan el principal ejemplo de la arqueología colonial griega y fenicia en Occidente sobre la ocupación efectiva de un territorio

(ADAMESTEANU 1973, *Metaponto* 1975). Una cadena de *phrouria* o recintos fortificados como el excavado en Cozzo Presepe aseguraría los límites interiores de este territorio.

En la costa de Lucania, la presión del elemento indígena que a fines del siglo V conquistaría la griega Posidonia motivó que en la vecina Elea, fundada en el 540 a.C. por los supervivientes focenses de Alalia, el territorio de la ciudad apareciera rodeado en el siglo IV a.C. por una serie de fortificaciones entre las que destaca Moio della Civitella (GRECO, SCHNAPP 1986). Sin embargo, Treziny (1986, 14) ha recordado la dificultad por asegurar el carácter “griego” o “indígena helenizado” de la cultura material de estos asentamientos y por lo tanto su valoración política: ¿elementos de una defensa territorial o simples *oppida* indígenas abiertos al comercio?

En los últimos años, las investigaciones sobre la parcelación agraria se han venido realizando fundamentalmente a partir de la fotografía aérea y la utilización de la técnica del filtraje óptico, especialmente afortunada para estudiar catastros romanos. Aunque en su momento nos sentimos impresionados por artículos como el de M. Clavel (1982) anunciando el hallazgo de una centuración griega en el entorno de *Agatha*, la lectura atenta de los datos obliga a ser todavía muy escéptico. En ocasiones, como en este caso de *Agatha*, la escasa superposición de las líneas entre la retícula y la fotografía tan sólo permite intuir o imaginar la existencia de la buscada centuración, pero ni mucho menos puede por sí misma probar su existencia. Faltan todavía programas efectivos de inventario arqueológico sobre el terreno y de estudio paralelo de los catastros de época medieval y moderna que permitan confirmar o negar las hipótesis de parcelaciones antiguas en determinadas zonas.

Por su parte, las evidencias arqueológicas referidas a la explotación agraria de los territorios coloniales tan sólo han proporcionado respuestas tajantes en algunos casos puntuales. El “modelo” tradicional de esta organización territorial sigue siendo la *chora* de la ciudad de *Chersonesos*, en Crimea, la más abundante en hallazgos tanto en lo que respecta a la distribución de los lotes de terreno como a la arquitectura de las granjas (DUFKOVA, PECIRKA, 1970; PECIRKA 1973). En cambio, la situación en Occidente parece otra.

Ni la Galia ni Iberia han proporcionado hasta el momento pruebas arqueológicas de yacimientos catalogables como factorías agrarias de tipo colonial. En el entorno de *Massalia* tan sólo el *oppidum* de Pain de Sucre, excavado por Clastrier en los inicios de siglo, ha sido interpretado como una “factoría fortificada”, ocupada sin embargo por agricultores indígenas a tenor de los materiales presentes (ARCELIN 1986, 60-61; planta en CHABOT 1986, fig. 1). En realidad, esta construcción, presi-

didada por una torre lateral, con su treintena de locales alineados en torno a dos calles parece más un fortín o un pequeño *oppidum* que una factoría. El resto de asentamientos documentados, excepto las colonias costeras como *Olbia*, corresponden a *oppida* indígenas, cuya lectura, como en el caso de Ullastret, es más problemática (cf. BATS 1986; ARCELIN 1986). La eterna discusión sobre la interpretación política del *oppidum* de Saint Blaise sintetiza la dificultad por alcanzar una propuesta convincente (TREZINY 1986 b).

En el estado actual de la investigación, creemos que la propuesta más prudente para interpretar la ocupación agraria empordanesa en época prerromana sería la de proponer un dominio indígena de los centros de producción, aunque desde luego el destino final del cereal almacenado fuera el mercado de ultramar a través de los puertos del golfo. Esta situación no impediría la presencia de griegos dispersos en el hábitat indígena, ya fuera como intermediarios, como exploradores de nuevos recursos o simplemente como colonos insertados en ese medio, pero no implica necesariamente la existencia de territorios estrictos más allá del entorno inmediato de las ciudades en un radio que no podemos de momento definir.

Comercio de grano y materiales áticos

En nuestro trabajo de 1985 insistíamos en último lugar sobre la importancia del comercio ático en relación al grano empordanés. Con el tiempo, sin embargo, nos sentimos cada vez más prudentes a la hora de valorar el comercio cerámico ático en el sentido de un tráfico protagonizado por la propia Atenas.

En primer lugar, resulta evidente que el mercado de grano fue durante toda la Antigüedad uno de los pilares del comercio mediterráneo. Ninguna otra mercancía era tan necesaria ni resultaba tan ventajosa para el mercader. Este podía siempre jugar con las diferencias de precio (esenciales en el tráfico marítimo) según el estado de las cosechas o las situaciones bélicas en las diferentes costas, sobre todo en aquellas ciudades que tradicionalmente eran deficitarias en cereal. La política ateniense del siglo IV a.C., posterior a la batalla de Queronea, con decretos honoríficos y condenas de muerte a los comerciantes de grano según cumplieran o no las normas establecidas resulta a este respecto suficientemente explícita (cf. p.e. GARNSEY 1988, 139-144).

Esta situación hacía de los fletes de grano una mercancía útil para cualquier mercader, donde serían sus propios intereses y no la política de la *polis* mercantil la que decidiría la clientela. El conocido pleito entre los massaliotas Hegestratos y Zenothemis en el 340 a.C., comerciantes de grano entre Siracusa y El Pireo descrita en la *Contra*

Zenothemis, atribuida a Demóstenes, describe fielmente este tipo de tráfico en manos privadas. Hegestratos es la vez capitán y propietario de su barco y el viaje se realiza gracias a un préstamo y diversos acuerdos entre ambos (CLAVEL 1977, 35).

La cerámica ática, que aparece como uno de los trueques ofrecidos a cambio del cereal emporitano debe tener un tratamiento similar. Su carácter de artesanía de gran calidad, ligada fundamentalmente al consumo del vino en el banquete simposiasta, la convierte en un producto comercial, no político, y la esencia misma del *emporía* como tráfico de redistribución de productos impide valorar su presencia como el testimonio de un comercio ateniense. Cualquier comerciante podía incorporarla a sus cargamentos, sabiendo que no tendría problemas en venderla. La reflexión prudente de De Hoz (1984, 634) sobre la valoración del cargamento de ánforas griegas y vajilla ática del pecio del Sec, en el siglo IV a.C., resulta a este respecto muy acertada.

Grano y cerámica ática eran productos ofertados al mercado mediterráneo sin necesidad de imaginar comerciantes ni clientes fijos. Un mercader fenicio de *Aiboshim* podía comprar en *Emporion* un cargamento de grano, pagándolo con cerámica ática, vino griego, aceite ebusitano o perfumes africanos para después ir a vender el grano por ejemplo a *Massalia* donde siempre tendría asegurado un buen precio de venta. En cambio, la política oficial por la que una ciudad como *Massalia*, deficitaria en grano, se aseguraba el aprovisionamiento anual de sus depósitos públicos se nos escapa totalmente.

Leppore ha señalado para Italia la variación de la política comercial ateniense entre los siglos VI y V a.C., cuando la política imperialista de Temístocles y Pericles sustituyó al *emporía*, remarcando los intentos de control de los mercados agrícolas del Po, Apulia, Sicilia y Campania. En realidad, los testimonios arqueológicos de esta presencia son exclusivamente los mismos que detectamos en *Emporion*: las exportaciones de cerámica ática y la influencia monetaria (LEPPORE 1988, 497-500). Aquí, sin embargo, son abundantes las fuentes que permiten centrar históricamente la discusión y la directa intervención ateniense. La numerosa documentación escrita sobre el aprovisionamiento de grano que poseemos para Atenas limita su campo de actuación de Italia al Mar Negro (GARNSEY 1988). Es posible que una parte del grano empordanés acabara en los depósitos atenienses pero ello lo sería a partir de una red de intermediarios que no podemos determinar.

La romanización

La reconstrucción histórica parcial y difuminada va concretándose con la llegada de la romanización. En el 218 a.C. el ejército de P. Escipión desembarcó

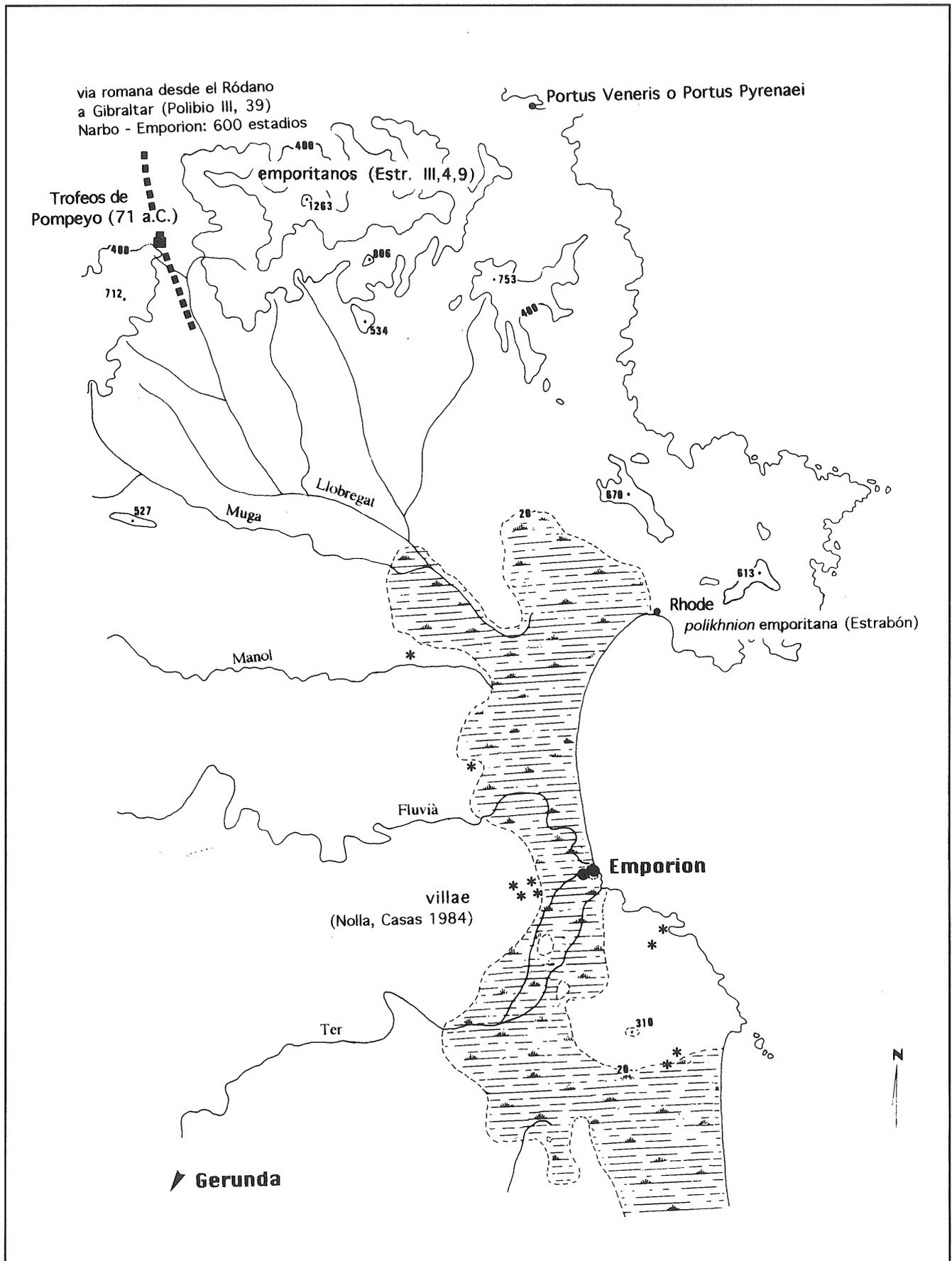


Fig. 2. - Cambio de la situación en la primera mitad del siglo I a.C. Conquistada por Catón en el 195 a.C., Rhode es ahora una "pequeña ciudad" emporitana. Por influencia de Roma, el territorio de Emporion se ha extendido a lo largo del siglo II a.C. hasta las vertientes del Pirineo. Por el sur, este territorio limitaría con el de la nueva fundación romana de Gerunda (80-70) a.C.). Desde fines del siglo II a.C. se documentan en el entorno de Emporion las primeras villae de tipo itálico.

En realidad, este territorio no dependía de uno sino de dos centros urbanos yuxtapuestos. Desde fines del siglo II a.C. existía junto a Emporion un nuevo núcleo urbano, sin que podamos saber cómo ambos se repartieron los papeles respectivos durante las décadas de coexistencia. Ambas ciudades se fusionarían en época de Augusto dando lugar al *municipium Emporiae*.

en *Emporion* dando inicio a las operaciones militares romanas en la Península en el marco de la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo la ciudad, alejada del teatro de operaciones meridional, fue pronto sustituida por *Tarraco* como base de hibernada aunque mantuvo su carácter portuario dentro de la ruta costera con Italia por las costas ligures y galas (RUIZ DE ARBULO 1991).

La alianza de *Emporion* con Roma sería recordada por Livio (XXXIV, 9) al narrar el desembarco de Catón en el 195 a.C., situándola en la esfera de las relaciones con *Massalia*: “además estaban tanto más protegidos cuanto que se amparaban en la sombra de la amistad romana, que ellos cuidaban, si bien con menos fuerza, sí con igual lealtad que los massaliotas”. La situación vigente en *Emporion* y *Rhode* en los siglos II y I a.C. tuvo su origen, sin embargo, en la revuelta indígena del 197 a.C..

La campaña del cónsul Catón en el 195 a.C. contra los hispanos revueltos a causa de la imposición del nuevo tributo provincial se desarrolló en ambas ciudades. En otros trabajos (RUIZ DE ARBULO 1991; MAR, RUIZ DE ARBULO en prensa) hemos propuesto una nueva interpretación de la campaña narrada por Livio. *Rhode* aparece en estos momentos ocupada por una guarnición de hispanos que fueron desalojados por el desembarco del ejército consular. Mientras tanto, al otro lado del golfo, *Emporion* vio dividirse su población en dos bandos: el “hispano”, partidario de la rebelión, que huyó de la ciudad al contemplar la toma de *Rhode* y el “griego”, abiertamente neutral, que recibió a Catón “amable y benévola”. Tras una corta campaña, vencidos en batalla los hispanos y tomado su campamento, los sublevados, refugiados de nuevo en *Emporion* (de nuevo el bando griego aparece neutral), se rindieron al cónsul.

La rígida separación de etnias que describe Livio no tiene por qué hacer referencia necesariamente a una situación social preestablecida, sino a la reacción concreta de la población ante un problema grave. Estos “bandos” aparecen frecuentemente en las ciudades antiguas en momentos de tensión (RUIZ DE ARBULO 1991, 468).

Las fuentes enmudecen tras la campaña del cónsul, pero es precisamente a lo largo del siglo II a.C. cuando debieron fraguarse los acontecimientos que condujeron a la descripción emporitana de Estrabón. Durante el siglo II a.C. *Emporion* vio alzarse a poca distancia de sus muros un *castrum* romano. Al mismo tiempo y paradójicamente, la ciudad experimentó una explosión urbanística sin precedentes: se reformaron las murallas (SANMARTÍ, NOLLA 1986), se construyeron nuevos espacios públicos y se restauró buena parte del conjunto residencial (MAR, RUIZ DE ARBULO 1988; en prensa).

Una actividad tan intensa puede explicarse en primer lugar por la participación emporitana en los nuevos circuitos mercantiles mediterráneos relacio-

nados con el comercio de importación de vinos y artesanías itálicas (RUIZ DE ARBULO, en prensa b) pero también debe explicarse forzosamente en relación a una nueva situación política que podemos interpretar a partir de la numismática.

En un momento impreciso del siglo II a.C. *Emporion* comenzó a acuñar moneda de bronce. Se conservaron los símbolos de Artemis y el Pegaso pero la leyenda griega *Emporiton* (de los emporitanos) fué sustituida por la ibérica *Untikesken* (de los untiketes; los *indiketai-indigetes* de las fuentes) (VILLARONGA 1985; RUIZ DE ARBULO 1991). Aunque el tema sigue abierto (PENA 1988) hemos propuesto considerar *Untika* como el nombre ibérico de la *Emporion* griega en comparación a *Cese-Tarraco*, *Arse-Saguntum* o *Iltirta-Ilerda*. Sin embargo, difícilmente podremos explicar esta evolución monetaria sin considerar que la ciudad había adquirido un nuevo papel en relación al medio indígena, evidentemente por mediación del nuevo poder provincial romano.

Una posible explicación de este cambio de patrón y de lengua es que Roma, dentro de su política administrativa en el interior del nuevo espacio provincial (de la cual desgraciadamente no sabemos prácticamente nada), habría convertido a *Emporion* en el centro de un determinado espacio fiscal. Según esta hipótesis, a *Emporion* acudirían a pagar el obligado *stipendium* anual los habitantes de un espacio determinado que no podemos concretar, aportando una serie de productos entre los que se encontraría la *vicesima* (5%) o *decuma* (10%) de la producción agraria (en esta región fundamentalmente grano) cuyo montante sería valorado en moneda de acuerdo con los precios de mercado (MUÑIZ 1982, 72-75). Sabemos que este era el sistema habitual aplicado en las provincias romanas no exento de peligros para los contribuyentes. Cicerón recuerda a este respecto como la táctica de Verres en Sicilia consistía en ordenar la recogida del grano (el impuesto fundamental de los siciliotas siguiendo el rígido reglamento establecido por Hierón de Siracusa y mantenido por Roma) en aquellas ciudades en las cuales los precios fueran más bajos. Ello obligaba a una mayor entrega de grano para cubrir los montantes fijados por Roma como impuestos y permitía al gobernador quedarse limpiamente con la diferencia. En Hispania, uno de los logros de la famosa embajada enviada a Roma en el 171 a.C. contra la extorsión de los gobernadores fue la de conseguir que éstos no fijaran en lo sucesivo “el precio de las *vicesimae*” (Liv., XLIII, 2, 12) ni se enviaran prefectos a las ciudades con fines fiscales fuera de lo contenido en los pactos.

Evidentemente, el cumplimiento de estas obligaciones fiscales en *Emporion* significarían un notable incremento del comercio emporitano ante la visita obligada de sus vecinos. Cumplida la obligación fiscal ante el prefecto o el publicano responsable, era el momento de aprovechar el viaje y la ciudad

se convertía en una feria anual. Los nuevos ases de *Unticescen* suministrarían parte del numerario preciso para esta doble actividad y su leyenda ibérica se explicaría perfectamente en este nuevo contexto fiscal y mercantil.

El momento resulta por lo tanto enormemente significativo para analizar el problema territorial de *Emporion*. La instalación del vecino *castrum* prueba que las cláusulas del tratado entre la ciudad y Roma fueron variadas. Es evidente, por otra parte, que la medida se explica perfectamente tras la campaña del 195 a.C. y la necesidad de asegurar militarmente el control de los puertos del golfo ante posibles nuevas rebeliones. Aunque *Emporion* tuvo que soportar desde entonces la presencia inmediata de una guarnición romana, este hecho no afectó a su autonomía ni impidió un muy notable enriquecimiento. Creemos que esta situación puede explicarse a partir de una nueva relación entre *Emporion* y *Rhode*. Esta relación, a su vez, probaría que *Emporion* habría recibido de Roma la creación de un nuevo marco territorial.

Las acuñaciones de *Rhode*, suspendidas con anterioridad al desembarco romano del 218 a.C. no permiten conocer con detalle la fecha en que *Emporion* pasó a dominar a su eterna rival del golfo. Sin embargo, sabemos que la ciudad había sido tomada por Catón en el 195 a.C. tras “desalojar por la fuerza la guarnición de hispanos que había en la ciudadela” (Liv., XXXIV, 8). Aunque no se menciona la actitud de la población griega de la ciudad, resulta evidente que *Rhode*, por derecho de conquista, se convirtió automáticamente en posesión de Roma.

Volvamos a Estrabón. Su descripción de *Rhode* ha sido traducida por Laserre (1966) y Jones (1969) de la forma siguiente: “allí se encuentra también la pequeña ciudad de *Rhodos*, cuyos habitantes vienen de *Emporion* pero que habría sido fundada, dicen, por los rodios”. Existe una nueva diferencia de matiz frente a la traducción propuesta por Schulten: “allí se encuentra también *Rhode*, una pequeña ciudad, fundación de los emporitanos o, según otros, de los rodios”.

El texto, en conclusión, probaría que en el siglo I a.C. *Rhode* dependía ya política y administrativamente de *Emporion* aunque se mantenía el recuerdo, ya casi mítico, de su pasado. Esta dependencia, tras la campaña catoniana del 195 a.C. sólo puede explicarse por una cesión explícita a *Emporion* de la ciudad y territorio rodios por parte del cónsul.

Roma utilizó frecuentemente los lazos de la *adtributio/contributio* (LAFFI 1966) como un sistema de control territorial. Se trataba de canalizar en torno a núcleos centrales otros núcleos menores desprovistos de administración propia. Tras la rebelión indígena, se potenció el papel de *Emporion* como centro administrativo ampliando su territorio

a costa del rodio y de los hispanos rebeldes. Tras la instalación de una guarnición junto a la ciudad, se controlaba la recogida de los impuestos anuales y al respetar la autonomía de la ciudad se aseguraba al mismo tiempo la fidelidad de unos aliados que obtenían un provecho económico nada desdeñable con la nueva situación.

En cierta forma, esta situación guarda muchos puntos de contacto con la evolución territorial de la emparentada y protectora *Massalia*. Un mayor número de fuentes escritas y un considerable conocimiento arqueológico del entorno muestra en *Massalia* una *chora* de reducidas dimensiones, ampliada tan sólo por una política de “colonias” a lo largo de las costas del golfo galo en una actitud francamente marítima y equilibrada únicamente por la explotación vinícola de la *chora*. Como ya evidenciaria Wever (1966) y aceptan los estudios recientes (BATS 1986, 29-32), la extensión de la *chora* massaliota se produjo únicamente bajo la influencia de Roma. A lo largo del siglo II a.C. *Massalia* hizo frente a las presiones continentales con una política agresiva (cf. ARCELIN 1987, 63-65) en parte con sus propios medios y en parte con la ayuda de Roma, que la convertiría en la guardiana de la región y de la ruta costera de Italia a Hispania. No obstante, a fines del siglo II a.C., las fundaciones coloniales de *Aquae Sextiae* y *Narbo* introducirían un nuevo componente itálico —político, territorial y económico— en esta situación. La desaparición fulgurante de las ánforas massaliotas a fines del siglo II a.C. (*Amphores* 1990) y su substitución por las importaciones de vinos itálicos son una prueba evidente de este cambio.

Al sur de los Pirineos, la situación pacífica y una organización provincial mucho más temprana motivaron la evolución territorial de las ciudades portuarias como *Emporion* y *Tarraco* a lo largo del siglo II a.C. En el golfo de Rosas, *Emporion* pasó a ser la ciudad dominante eclipsando a *Rhode* y adquiriendo un territorio extendido desde las vertientes del Pirineo a los límites interiores de la marisma y el Campo juncario. Las poblaciones indígenas en un radio amplio pero difícil de definir con seguridad pasaron a depender directamente de la ciudad como prueban las nuevas acuñaciones monetales.

En conclusión, la *chora* emporitana que describe Estrabón sería en realidad una creación de Roma en el siglo II a.C.

Joaquín Ruiz de Arbulo

Secció d'Arqueologia, Prehistòria i Història Antiga
Universitat de Lleida
Apartat de Correus 471
25080 Lleida.

Bibliografía

ADAMESTEANU 1973

D. Adamesteanu, "Le subdivisions di terra nel metapontino", en M. Finley (dir.), *Problèmes de la terre en Grèce Ancienne*, Paris-La Haya, 49-61.

ALMAGRO 1951

M. Almagro, *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*, Barcelona.

Amphores 1990

M. Bats (dir.), *Les amphores de Marseille Grecque*, (Lattes 1989), Études Massaliètes, 2, Gap.

ARCELIN 1986

P. Arcelin, "Le territoire de Marseille Grecque dans son contexte indigène", *Le territoire de Marseille Grecque* (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, 43-104.

BATS 1986

M. Bats, "Le territoire de Marseille Grecque: réflexions et problèmes", *Le territoire de Marseille Grecque* (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, 17-42.

BATS 1988

M. Bats, *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350-50 av. jc). Modèles culturels et catégories céramiques*, "RAN Suppl. 18", Paris.

BRAVO 1977

M. Bravo, "Remarques sur les assises sociales, les formes d'organisation et la terminologie du commerce maritime grec à l'époque archaïque", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 3, 1-59.

CAMPO 1987

M. Campo, "Circulación de monedas massaliotas en la Península Ibérica (s. v-iv a.C.)", *Mélanges offerts au Dr. J.B. Colbert*, Paris, 175-187.

CLAVEL 1982

M. Clavel-Lévêque, "Un cadastre grec en Gaule: la chora d'Agde (Hérault)", *Klio*, 64, 1, 21-28.

CONGRÈS MARSEILLE

Marseille Grecque, Marseille et la Gaule, Colloque international d'Histoire et d'Archéologie du Centre

Camille-Jullian et 5ème Congrès archéologique de Gaule méridionale (Marsella, noviembre 1990).

CHABOT 1986

L. Chabot, "Le territoire de Marseille et les oppida au Nord de la chaîne de la Nerthe (II-I a.C.)", *Le territoire de Marseille Grecque* (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, 119-126.

DE HOZ 1987

J. de Hoz, "La epigrafía del Sec", AAVV, *La nave del Sec (Calvia, Mallorca). Estudio de los materiales*, Mallorca.

DOMÍNGUEZ 1986 a

A.J. Domínguez, "La función económica de la ciudad griega de Emporion", *VI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, (1984), Puigcerdà, 193-199.

DOMÍNGUEZ 1986 b

A.J. Domínguez, "La ciudad griega de Emporion y su organización política", *Archivo Español de Arqueología*, 59, 3-12.

DUFKOVA, PECIRKA 1970

M. Dufkova y J. Pecirka, "Excavations of farm and farmhouses in the chora of Chersonesos in the Crimea", *Eirene*, 8, 123-174.

GALLET DE SANTERRE 1980

H. Gallet de Santerre, *Enserune. Les silos de la terrasse Est*, Paris.

GARCIA 1987

D. Garcia, "Observations sur la production et le commerce des céréales en Languedoc Méditerranéen durant l'Age du Fer: la forme de stockage des Grains", *Revue Archéologique Narbonnaise*, 20, 43-98.

GARCÍA BELLIDO 1949

A. García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años, según la Geografía de Iberia de Estrabón*, Madrid.

- GARLAN 1974
Y. Garlan, *Recherches de poliorcétique grecque*, Paris.
- GARNSEY 1988
P. Garnsey, *Famine and food supply in the graeco-roman world*, Cambridge University Press.
- GRACIA, MUNILLA, PALLARÉS 1988
F. Gracia, G., Munilla, R. Pallarés, *La Moleta del Remei. Alcanar (Montsià)*, Tarragona, 1988.
- GRECO 1979
E. Greco, "Ricerche su Posidonia. Il paesaggio agrario dalla fondazione della città alle fine del s. IV a.C.," *Dialoghi d'Archeologia*, I, 2, 7-26.
- GRECO 1981
E. Greco, *Magna Grecia*, Guid. Archeol. Laterza, Bari.
- GRECO, SCHNAPP 1986
E. Greco, A. Schnapp, "Fortification et emprise du territoire: le cas de Velia", *La Fortification dans l'histoire du monde grec* (1982), Paris, 209-212.
- GUADAN 1970
A.M. de Guadan, *Las monedas de plata de Emporion y Rhode*, Barcelona.
- JONES 1969
H.L. Jones (ed.), *The Geography of Strabo*, II, Loeb Classical Library.
- KLOTZ 1910
A. Klotz, *Cäesarstudien*, Leipzig-Berlín.
- LAFFI 1966
U. Laffi, *Adtributio e contributio, problemi del sistema politico-amministrativo dello stato romano*, Pisa.
- LASERRE 1966
F. Lasserre (ed.), *Strabon. Géographie*, Coll. Belles Lettres, Univ. France/Budé, Paris.
- LEJEUNE, POUILLOUX, SOLIER 1988
M. Lejeune, J. Poilloux, Y. Solier, "Etrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)", *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 21, 19-60.
- LEPPORE 1968
E. Leppore, "Per una fenomenologia storica del rapporto città-territorio in Magna Grecia", en *La città e il suo territorio*, Atti del VII CSMG (1967), Tarento.
- LEPPORE 1973
E. Leppore, "Problemi dell'organizzazione della chora coloniale", en FINLEY, M. (dir.), *Problèmes de la terre en Grèce Ancienne*, Paris-La Haya, 15-47.
- LEPPORE 1988
E. Leppore, "Il Mediterraneo e il popoli italici nella transizione del v.s.," *Storia di Roma, I, Roma in Italia*, Turín, 485-501.
- MALUQUER 1978
J. Maluquer de Motes, "El comerç mediterrani: grecs, fenicis i etruscs", *Història de Catalunya*, I, 140-168.
- MAR, RUIZ DE ARBULO 1988
R. Mar, J. Ruiz de Arbulo, "Sobre el ágora de Emporion", *Archivo Español de Arqueología*, 61, 39-60.
- MAR, RUIZ DE ARBULO en prensa
R. Mar, J. Ruiz de Arbulo, *Ampurias romana*, Sabadell.
- Marseille 1990
Marseille dans le monde antique. Les Dossiers d'Archéologie, 154.
- MARTÍN 1982
A. Martín, "Aportacions de les excavacions de Roses a l'estudi del comerç massaliota a l'Alt Empordà en els segles IV-III a.C.," *Cypsela*, 4, 113-122.
- MARTÍN 1987
A. Martín, "El poblamiento ibérico en el Empordà", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico* (Jaén 1985), Jaén, 19-33.
- MARTIN 1973
R. Martin, "Rapports entre les structures urbaines et les modes de division et d'exploitation du territoire", FINLEY, M. (dir), *Problèmes de la terre en Grèce Ancienne*, Paris-La Haya, 97-112.
- Metaponto 1974
Metaponto, Atti del XIII CSMG (Tarento-Metaponto 1973), Nápoles.
- Metaponto 1975
N. Adamesteanu, F. D'Andria, D. Mertens, *Metaponto*, I, Suppl. di Notizie degli Scavi, Roma.
- MOREL 1982
J.P. Morel, "Les phocéens d'Occident: Nouvelles données, nouvelles approches", *I focei dall'Anatolia all'Oceano*, (Nápoles 1982), *La Parola del Passato*, 37, 479-496.
- MOREL 1983
J.P. Morel, "Les relations économiques dans l'Occident Grec", *Modes de contacts et processus de transformations dans les sociétés anciennes*, (Cortona 1981), Pisa, 549-579.
- NOLLA, CASAS 1984
J.M. Nolla, J. Casas, *Carta arqueològica de les comarques de Girona. El poblament d'època romana al NE de Catalunya*, Girona.
- NOLLA, ESTEVA, AICART 1989
J.M. Nolla, Ll. Esteva, F. Aicart, "El poblat ibèric dels Guíxols (s. IV a.C.-I d. C.)", *Estudis sobre el Baix Empordà*, 8, 1-72.
- PADRÓ, SANMARTÍ 1987
J. Padró i J. Sanmartí, "L'ocupació del territori per

- la polis emporitana i la seva significació econòmica. Algunes hipòtesis", *Fonaments*, 6, 23-26.
- PLANA 1986
R. Plana, "Els inicis de la intervenció romana a l'Empordà i pervivència i transformació de les estructures indígenes", *Estudios de la Antigüedad*, 3, UAB.
- POLIGNAC 1984
F. de Polignac, *La naissance de la cité grecque*, París.
- PONS 1984
E. Pons, *L'Empordà de l'edat del Bronze a l'edat del Ferro*, Girona.
- PONS, MAYA, BUXÓ 1989
E. Pons, J.L. Maya, R. Buxó, "Hábitat y estructuras domésticas durante el final de la Edad del bronce en el norte y oeste de Catalunya", *Habitat et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la Protohistoire* (Arles, 1989), preactas, 31-35.
- PUJOL 1989
A. Pujol, *La población prerromana del extremo nordeste peninsular*, Univ. Autònoma Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ROBINSON 1946
D. Robinson, *Excavations at Olynthus, XII, Domestic and Public Architecture*, Baltimore.
- RUIZ DE ARBULO 1984
J. Ruiz de Arbulo, "Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el golfo de Roses", *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, 115-140.
- RUIZ DE ARBULO 1987
J. Ruiz de Arbulo, "La evolución urbana de Emporion en época tardorrepública. La complejidad de una tradición", *I Jornades Internacionals d'arqueologia romana*, (Granollers 1987), preactas.
- RUIZ DE ARBULO 1991a
J. Ruiz de Arbulo, "Rutas marítimas y colonizaciones en la Península Ibérica. Una explicación náutica a algunos problemas", *Italica. Cuadernos TEEHAR*, 18, 79-115.
- RUIZ DE ARBULO 1991 b
J. Ruiz de Arbulo, "Los inicios de la romanización en Occidente. Los casos de Emporion y Tarraco", en *Athenaeum*, 79, 2, Pavia, 459-490.
- SANMARTÍ 1982
E. Sanmartí, "Les influences méditerranéennes au nord-est de la Catalogne à l'époque archaïque et la reponse indigène", *I focei dall'Anatolia all'Oceano*, (Nápoles 1982), *La Parola del Passato*, 37, 281-303.
- SANMARTÍ, NOLLA 1986
E. Sanmartí, J.M. Nolla, "La datation de la partie centrale du rempart méridional d'Emporion", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 9, 81-110.
- SANMARTÍ, SANTIAGO 1988
E. Sanmartí, R.A. Santiago, "La lettre d'Emporion et son contexte archéologique", *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 21, 3-18.
- SANMARTÍ et al. 1986
E. Sanmartí, P. Castanyer, J. Tremoleda, J. Barberà, "Las estructuras griegas de los siglos v y iv a. de JC halladas en el sector sur de la neapolis de Ampurias (Campaña de 1986)", *Cuadernos de prehistoria y Arqueología Castellonense*, 12, 141-218.
- TERRITOIRE 1986
Le territoire de Marseille Grecque (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, Aix-en-Provence.
- TREZINY 1986
H. Treziny, "Cité et territoire: quelques problèmes", *Le territoire de Marseille Grecque* (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, 7-16.
- TREZINY 1986b
H. Treziny, "Remarques sur la fonction du rempart hellénistique de Saint-Blaise", *Le territoire de Marseille Grecque* (Aix 1985), Études Massaliètes, 1, 145-152.
- TRAINA 1984
G. Traina, *Paludi e bonifiche nel mondo antico*, Roma.
- VALLET 1967
G. Vallet, "La cité et son territoire dans les colonies grecques d'Occident", *Atti del VII CSMG*, (Tarento 1967), Nápoles, 67-142.
- VELISSAROPOULOS 1980
J. Velissaropoulos, *Les nacleres grecs. Recherches sur les institutions maritimes en Grèce et dans l'Orient hellénisé*, Ginebra-París.
- WEVER 1966
J. de Wever, "La chora massaliote d'après les fouilles récentes", *L'Antiquité Classique*, 25, 71-117.